

La voz de las comunidades

Las mujeres de La Isla que alimentan la solidaridad

Minerva Vitti*



MINERVA VITTI

El programa Alimenta la solidaridad ya suma 11.708 comidas servidas en Carapita, Las Mayas, Mecedores, la Cota 905 y en dos sectores de La Vega: La Isla y Las Casitas, atendiendo a más de 500 niños por día. Nos fuimos a la comunidad La Isla, para conocer a las madres del barrio que echan adelante esta iniciativa

En las 10:30 de la mañana y dos mujeres están sentadas debajo de un toldo pelando naranjas. Otra mujer se mantiene de pie junto a una olla muy grande. Con un cucharón metálico remueve la sopa que se cocina sobre un reverbero que han colocado junto a un tanque de metal, desgastado por el tiempo, que dice La Isla. Tres tablas de madera bordean la cocina improvisada y aseguran que la llama se mantenga estable. Es un viernes sin nubes, el sol arde en la piel, y el ruido de los carros se mezcla con la faena alimentaria. Las mujeres preparan el almuerzo para 87 personas que vienen de La Pradera, Los Bloques, La Jota, y por supuesto La Isla, sector ubicado en la parroquia católica San Alberto Hurtado, en La Vega, Caracas.

“Cuando la gente pasa por aquí y nos pregunta ¿qué es esto? Le decimos esto es solidaridad”, dice Josefina Barros, mientras se sienta debajo del toldo donde sus otras compañeras siguen trabajando.

Precisamente así se llama el programa *Alimenta la solidaridad* que comenzó a funcionar en La Isla desde el 7 de octubre de este año, una iniciativa que se materializó por medio de una alianza que hizo la parroquia católica San Alberto Hurtado, y que busca que los niños tengan al menos una comida diaria.

Todos los días, de lunes a viernes, algunas mujeres de La Isla se reúnen a las 8 de la mañana para preparar los almuerzos. Ellas cuentan que primero empezaron con treinta niños, y que también les dan almuerzos a algunos adolescentes que estudian o practican deportes, a tres madres lactantes, y a tres personas de la tercera edad. Cada plato cuenta con 500 calorías.

“Se va uno concientizando con la problemática de la comida en el país. ¡Caramba, esto traspasa la casa de uno! Lo mío no es tan malo como lo que pasan las otras familias. Hay otros que están peor que nosotros. Aquí esto no es política ni religión. Esto es solidaridad”, comparte Josefina.

UN FUEGO QUE ENCIENDE OTROS FUEGOS

Actualmente en la parroquia católica San Alberto Hurtado, ubicada en La Vega funcionan dos programas: *Programa alimentario San Alberto Hurtado* (escuelas Andy Aparicio, Canaima y Luis María Olaso), y el programa *Alimenta la solidaridad*. En ambos apoya la pastoral social de esta parroquia, que lleva el nombre de un santo que se dedicó a los más pobres, a dar de comer al hambriento y techo al sin techo.

El padre Alfredo Infante, s.j., párroco de San Alberto Hurtado, en La Vega, cuenta que en mayo los muchachos comenzaron a desmayarse en los colegios porque no estaban comiendo en sus casas. La primera acción que toma el religioso es reunir a los miembros de la Red Educativa San Alberto Hurtado, en la parte alta de La Vega, para pensar cómo solventar la situación. Luego envió correos a El Grupo “QueHacer”, una red de reflexión económica, que a su vez abrió un espacio llamado “resuelve” para apoyar la alimentación en las escuelas de la parte alta de La Vega. Infante explica que a través de este espacio recibieron algunas donaciones, con las que pudieron dar un apoyo complementario durante los meses de junio y julio a los comedores de las escuelas Canaima (AVEC), Luis María Olaso de Fe y Alegría, y Andy Aparicio de Fe y Alegría, en sus dos núcleos.

En agosto y septiembre el padre logra contactar con el programa *Alimenta la solidaridad* que coordina Roberto Patiño y, gracias a esa alianza, ofrecieron 150 almuerzos diarios a ni-

ños, niñas y adolescentes en situación de extrema pobreza. Todo esto a través de la pastoral social de la parroquia católica San Alberto Hurtado, en la cantina del colegio Andy Aparicio de Fe y Alegría, en las Casitas de La Vega.

El 7 de octubre se abre este programa en La Isla. Jonathan, habitante de La Vega y uno de los colaboradores del programa, es el encargado de llevar los alimentos los viernes. El resto de la organización la gestionan las mujeres de la comunidad.

Roberto Patiño, cofundador del movimiento @MiConvive, un movimiento social que busca fomentar iniciativas de reducción de la violencia como un elemento clave para la convivencia, asegura que los que participan en este programa coinciden en la creencia de que “la solidaridad, entendida como la ayuda y el apoyo mutuo, es un principio que debe ser difundido para propiciar la inclusión y la convivencia, indispensables para la construcción de una sociedad justa y libre de violencia”.

El padre dice que en la parroquia también han recibido apoyo de personas particulares que viven en España. Estas pequeñas contribuciones han permitido que se continúen brindando alimentos durante octubre, noviembre y diciembre.

LA HORA DEL ALMUERZO

Son las 11 a.m. y empiezan a llegar los niños. Tres mesas de plástico, algunas sillas y un toldo, es todo el mobiliario de este comedor solidario. Morela Romero está sentada debajo de un árbol con un cuaderno en el que lleva la asistencia de los niños que van a cada uno de los almuerzos. Todo está limpio y organizado. Los niños comerán en tres turnos: los que estudian en la tarde (11:30 a.m.), los que no estudian (más pequeños, niños con necesidades especiales y madres lactantes a las 12 p.m.), y los que estudian en la mañana (12:30 p.m.).

Cada uno lleva su plato, vaso y cubiertos identificados con su nombre. Judith sirve la sopa y Josefina la reparte. Algunas madres van para ayudar a alimentar a los niños: “El hecho de que de seamos pobres y humildes no quiere decir que vamos a sentarnos a la mesa con las manos sucias, que no vamos a dar gracias a Dios, esto se hace para crear responsabilidad tanto en las madres como en los niños. Si yo estoy en mi casa y no estoy haciendo nada, ¿cuál es el deber ser? Venir y colaborar”, dice Elba Ramos.

Ahora Laura Mendoza es la que revisa el listado de niños. Y así se van turnando las mujeres en cada una de las labores. Elba cuenta que antes la situación era crítica. Había niños que no desayunaban ni almorzaban y los padres no lo daban a conocer. Incluso muchos dejaron de asistir a clases por la falta de alimentos. “Muchos niños llegan y esta es la primera comida que se comen en el día”.

Los primeros días de noviembre se incorporaron cuatro niños que están en pobreza extrema: comían de la basura. Ellos mismos se acercaron y lo dijeron. El mayor de los hermanos (10 años) se metía en los basureros a recoger comida para los más pequeños porque tenían hambre.

“Yo sé que esto va a quedar en el corazón de cada niño, y cómo toda esta gente se movió para que esto se pudiera hacer. Se sembró una semilla aquí, creció, dio frutos, y de los grandes”, dice Josefina con los brazos extendidos. “Ese niño se va feliz. Sabe que viene de la escuela y tiene una comida”, completa Judith Arcia.

FORTALECIENDO PROCESOS COMUNITARIOS

El hecho de que el comedor de La Isla funcione fuera de la estructura de un colegio no es casual. El padre Alfredo Infante, s.j., explica que esto potencia el proceso comunitario, ya que las mismas mujeres se han organizado, y no están dentro de un salón o recinto que en ocasiones paraliza los liderazgos. Ellas reciben los alimentos pero han tenido que resolver el resto del funcionamiento, lo que hace que tengan un rol participativo y protagónico.

La señora Eloina, que tiene un puesto de comida al lado de este comedor, presta su reverbero, el mismo que usa para hacer las comidas para las misas de aguinaldo y para la fiesta de Santa Eduvigis, de quien es devota. También presta las sillas y las mesas de plástico.

Las mujeres piden una colaboración de 100 bolívares a las madres que llevan a sus hijos al comedor, para comprar algún aliño, sal, o el gas. También se ayudan de un huerto que tienen en la comunidad. “Todos tenemos que colaborar, porque las cosas gratis no se deben dar. Si una madre tiene un kilo de papa lo trae y está colaborando para que rinda para todos”, dice Josefina.

En octubre, estas madres se organizaron y rifaron un bulto de harina para comprar sus propios

utensilios, ya que traían los de sus hogares. Y como nadie ganó la rifa, vendieron la harina entre los mismos representantes a precio solidario, y con lo que recogieron compraron algunos alimentos para una actividad especial que será el 25 de noviembre: “Queremos hacer un buen almuerzo a los niños, un arroz con pollo y una tizana”.

Todos los sábados realizan una reunión con todas las madres para ver cómo va el funcionamiento del comedor y qué deben mejorar. “El otro día llegó una señora y dijo que a nosotras nos pagaban. La mejor paga es la sonrisa de los niños y cuando nos dicen que la comida está sabrosa. Uno ve a un hijo de uno comiendo y le da gracias a Dios”, dice Judith, una morena risueña, y suelta una carcajada.

Pero la gente de La Isla ya se había activado, incluso antes de que el programa *Alimenta la solidaridad* llegara para apoyarlos. En julio comenzaron a hacer una sopa comunitaria para ayudar a los vecinos que no contaban con alimentos. Ahora con la preparación de los almuerzos y la gestión del comedor sienten que se van uniendo más, ya no solo conocen sus problemáticas, también están al tanto de sus alegrías. Esperan organizarse para realizar las fiestas de aguinaldos y un conjunto de música con los niños.

—Hasta tenemos una maestra de danza y no sabíamos— comparte una de las mujeres.

La conversa sigue y van apareciendo nuevos talentos: el hijo de la señora Day que toca la trompeta, el señor que enseña la percusión a los niños. Descubrimientos que ocurrieron porque la comunidad se sigue involucrando. El 27 de noviembre el programa *Alimenta la solidaridad* hará una celebración de cierre en la Hacienda La Vega, donde se reunirán todas comunidades que participan, y los niños de La Isla se presentarán con un espectáculo musical. “En enero sé que vamos a seguir con el programa, porque esa llama no se va a apagar”—sonríe Josefina y una brisa refresca el ambiente.

LA SOLIDARIDAD QUE NO ESCAPA DE LA REALIDAD

Son las 12:30 p.m. y todavía faltan 36 niños. La mayoría vive en el Bloque 2 de La Vega, a escasos metros del lugar. “Hay un operativo de la Operación de Liberación del Pueblo (OLP). Ya van tres muertos. Están ahí desde las cuatro de la mañana”, dice alguien de la comunidad. Dos realidades ocurriendo al mismo tiempo. Hoy algunos niños se quedarán sin una de sus comidas, probablemente la única, y no precisamente por falta de alimentos.

Si quieres formar parte de esta iniciativa escribe a alimentalasolidaridad@gmail.com

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.



MINERVA VITTI